

que iban de Hibernia y de Albión a la Bretaña-Armórica, descansaban en Jersey.

Los vándalos asesinaron al ermitaño San Hilario, que habitaba en las rocas de Cesárea.

Se encuentra en Jersey rastro de los viejos normandos; parece que se oye hablar a Guillermo el Bastardo o al autor del *Romance de Rou*.

El suelo es fecundo; tiene dos ciudades y doce parroquias; está cubierta de casas de campo y de rebaños. El viento del Océano, que parece desmentir su rudeza, da a Jersey miel exquisita, leche de extraordinario dulzor y manteca de un amarillo subido, que huele a violetas. Bernardin de Saint-Pierre presume que el manzano fué importado de Jersey: se equivoca; la pera y la manzana vinieron de Grecia; el albréchigo, de Persia; el limón, de la Medea; la ciruela, de Siria; la cereza, de Cesaronte; la castaña, de Castana; el membrillo, de Cidon, y la granada, de Chipre.

Experimenté un gran placer en salir los primeros días de mayo. La primavera conserva en Jersey toda su juventud; todavía se podría llamar *primula*, como en otro tiempo; nombre que ha envejecido y ha dejado a su hija la primera flor con que se engalana.

Aquí os transcribiré dos páginas de la vida del duque de Berry; es igual que contaros la mía:

«Después de veintidós años de combate, se rompió la barrera de bronce que aprisionaba a Francia; la hora de la restauración se acercaba; nuestros príncipes abandonaron su retiro. Cada uno se dirigió a distintos puntos de la frontera, como esos viajeros que intentan, a costa de su vida, penetrar en un país, del que se cuentan maravillas. El hermano mayor del rey se dirigió a Suiza; el duque de Angulema fué a España, y su hermano a Jersey. En esta isla, donde algunos jueces de Carlos I murieron ignorados de la tierra, encontró el señor duque de Berry realistas franceses, envejecidos en el desierto, y olvidados por sus virtudes, igual que en otro tiempo los regicidas ingleses por su crimen. Encontró ancianos sacerdotes, consagrados a la soledad; y realizó con ellos la ficción del poeta que hace abordar un Borbón a la isla de Jersey después de una borrasca. Este confesor y mártir podía decir al heredero de Enrique IV, como el ermitaño de Jersey a este gran rey:

Loin de la cour alors, dans cette grotte obscure,  
De ma religion je viens pleurer l'injure.

HENRIADE.

»El duque de Berry pasó algunos meses en la isla; el mar, los vientos, la política, lo encadenaron allí. Todo se oponía a su impaciencia; estuvo a punto de abandonar su empresa, y de embarcarse para Burdeos. Una carta suya, a la señora mariscalca de Moreau, nos describe sus ocupaciones sobre su roca:

8 febrero de 1814.

«Heme aquí como Tántalo, enfrente de esta desgraciada Francia, que encuentra tantos obstáculos para romper sus cadenas. Vos, que tenéis el alma tan bella, tan francesa, juzgad lo que sufro, ¡cuánto me costará alejarme de esas playas que podría abordar en dos horas! Cuando el sol las ilumina, subo a la cumbre de estas rocas, y con el anteojo en la mano miro toda la costa, y distingo los peñascos de Coutances. Mi imaginación se exalta; me veo saltando a tierra, rodeado de franceses, con escarapelas blancas en los sombreros; oigo el grito de *viva el rey!* ese grito que no ha oído nunca un francés con sangre fría; la mujer más hermosa de la provincia me ciñe una banda blanca, porque el amor y la gloria van siempre unidos. Marchamos a Cherburgo; alguna fortaleza, con guarnición de extranjeros, quiere defenderse; la tomamos por asalto, y parte un buque para ir a buscar al rey, con el pabellón blanco, que recuerda los días gloriosos y felices de la Francia. ¡Ah, señora! Cuando se está a pocos pasos de un sueño tan posible, ¿se puede pensar en alejarse?»

Tres años hace que escribí estas páginas en París: había precedido veintidós años al duque de Berry en Jersey, ciudad de desterrados; en ella había de dejar yo mi nombre, porque Armand de Chateaubriand se casó allí, y en ella nació su hijo Federico.

La alegría no había abandonado a la familia de mi tío de Bedée; mi tía acariciaba siempre un perro que descendía de aquel cuyas virtudes he referido; como mordía a todo el mundo, mis primas lo hicieron matar, en secreto, a pesar de su nobleza.

El señor de Bouillon, que protegía en Jersey a los emigrados franceses, me disuadió de pasar a Bretaña; imposibilitado como me hallaba de soportar una vida de fortalezas y de montañas, me

aconsejó que marchara a Inglaterra, y que buscara allí ocasión de hacer un servicio regular. Mi tío, que andaba escaso de dinero y empezaba a sentir el peso de su numerosa familia, se había visto obligado a enviar a Londres a su hijo a que se mantuviera de miseria y de esperanzas. Temiendo serle gravoso, traté de des- embarazarlo de mi persona.

Treinta luises que me trajo un buque contrabandista de Saint-Malo me pusieron en estado de poner en práctica mi proyecto, y pagué mi flete en el paquebot de Southampton. Al despedirme de mi tío me enternecí profundamente; me había cuidado con el afecto de un padre: a él debía los pocos instantes felices de mi infancia; conocía cuánto le amaba yo; encontré en su fisonomía bastante semejanza con la de mi madre. Yo había abandonado a esta madre excelente, que no volvería a ver; había abandonado a mi hermana Julia y a mi hermano, y estaba condenado a no volverlos a encontrar; me separaba de mi tío, y su marchita fisonomía no debía alegrar otra vez mis ojos. Pocos meses habían bastado para todas estas pérdidas, porque la muerte de nuestros amigos no se cuenta desde el instante en que mueren, sino desde aquel en que dejamos de vivir con ellos.

Si pudiéramos decir al tiempo: «¡alto!» lo detendríamos en las horas de delicias; pero, como no podemos, no vivamos aquí abajo; vámonos, pues, antes de haber visto desaparecer a nuestros amigos y estos años que el poeta encuentra dignos de la vida, *vita dignior aetas*. Lo que cautiva en la edad de las relaciones se convierte en la edad del desamparo en objeto de sufrimiento y pesar. No se desea ya la vuelta de la primavera; antes se la teme. Todavía sentís sus encantos, pero ya no son para vosotros; la juventud que los disfruta a vuestro lado, y que os mira desdeñosamente, os da celos, y os hace comprender mejor la profundidad de vuestro abandono. Podéis amar, pero no ser amados. La fuente de la Primavera ha renovado sus aguas sin renovar vuestra juventud, y la vista de todo lo que renace, de todo lo que es feliz, os reduce a la dolorosa memoria de vuestros placeres.

El barco donde me embarqué estaba lleno de familias emigradas. Allí conocí al señor Hingant, antiguo colega de mi hermano en el parlamento de Bretaña, periódico: «Aunque la persona de mi persona de talento y de gusto, de quien hablaré bastante. Un oficial de marina

jugaba al ajedrez en la cámara del capitán; no reconoció mi cara, ¡tan cambiada estaba!, pero yo reconocí a Gesril. No nos habíamos visto desde Bretaña; debíamos ir juntos hasta Southampton. Le conté mis viajes, y él me contó los suyos. Este joven, nacido a mi lado, entre las olas, me abrazó por última vez, en medio de estas aguas que iba a tomar por testigos de su gloriosa muerte. Lamba Doria, almirante de los genoveses, después de vencer la flota veneciana, sabe que su hijo ha sido muerto: *Que se le arroje al mar*, dice, a imitación de los romanos; como si hubiera dicho: *Que se le arroje a su victoria*. Gesril no salió voluntariamente de las olas, donde se había precipitado, más que para probarles mejor su victoria en sus playas.

Heme aquí, después de mis correrías por los bosques de América y los campos de Alemania; en Southampton, donde llegué pobre y emigrado en 1793 y donde escribo todo esto en 1822, y donde soy ahora magnífico embajador.

Londres, de abril a septiembre de 1822.

LITERARY FUND. — DESVÁN DE HOLBORN. — DECAIMIENTO DE MI SALUD. — VISITA A LOS MÉDICOS.—EMIGRADOS EN LONDRES. — PELTIER. — OCUPACIONES LITERARIAS. — ME ACOMPAÑO CON HINGANT. — NUESTROS PASEOS. — UNA NOCHE EN LA IGLESIA DE WESTMÍNSTER. — MISERIA. — SOCORRO IMPREVISTO. — ALOJAMIENTO JUNTO A UN CEMENTERIO.—NUEVOS COMPAÑEROS DE INFORTUNIO. — NUESTRAS DIVERSIONES. — MI PRIMO LA BOUÉTARDAIS.

Se ha constituido en Londres una asociación para socorrer a los literatos necesitados, tanto ingleses como extranjeros; invitado a la reunión anual de esta sociedad, consideré como un deber asistir a ella y satisfacer mi cuota. S. A. R. el duque de York ocupaba la presidencia; a su derecha estaban el duque de Somerset y los lores Torrington y Bolton; aceptando la indicación del príncipe, me coloqué a su izquierda. Allí encontré a mi amigo el señor Canning. El ilustre poeta, orador y ministro, pronunció un discurso, en el que hay algunas frases, sobrado honoríficas para mí, que han repetido los periódicos: «Aunque la persona de mi noble amigo, el embajador de Francia, no sea muy conocido en este país, sus



prendas y sus escritos lo son en toda Europa. Empezó su carrera exponiendo los principios del cristianismo; la continuó defendiendo los de la monarquía, y ahora acaba de llegar a nuestra patria para unir las dos naciones con los vínculos comunes de los principios monárquicos y las virtudes cristianas.»

Hace muchos años que el señor Canning, siendo mero literato, se instruía en Londres con las lecciones de política del señor Pitt, y casi hace igual tiempo que empecé yo a escribir obscuramente en la propia capital de Inglaterra. Los dos hemos alcanzado alta fortuna, y ahora somos individuos de una sociedad consagrada al alivio de los escritores infelices.

Si el *Litterary fund* hubiera existido cuando llegué de Southampton a Londres, en 21 de mayo de 1793, tal vez hubiera podido pagar la visita que hizo un médico al desván de Holborn, donde me alojó mi primo La Bouétardais, hijo de mi tío de Bedée. Había fundado grandes esperanzas en el cambio de aires, creyendo que bastaría para devolverme las fuerzas necesarias a la vida militar; pero mi salud fué desmejorando en vez de restablecerse. Se me afectó el pecho, estaba pálido y delgado, tosía con frecuencia, respiraba con alguna dificultad y tenía trasudores y esputos de sangre. Mis amigos, que eran tan pobres como yo, me llevaban de médico en médico; después que cada Hipócrates hacía esperar una hora a aquella partida de pordioseros, declaraba, a cambio de una guinea, que no me quedaba otro remedio que el de resignarme con mi enfermedad, añadiendo: *Tis done, dear sir*: «esto es hecho, amigo.» El doctor Godwin, célebre por sus experimentos relativos a los ahogados, que él se había aplicado a sí mismo, fué más generoso; me otorgó de balde sus consejos, y dijo, con aquella dureza que le caracterizaba, que podría *tirar* algunos meses, y aun quizá un año o dos, con tal de que renunciase a todo ejercicio molesto: «No cuente usted con andar mucho camino», terminó, como resumiendo su consulta.

La certidumbre de mi cercano fin, adquirida de esta manera, aumentó la tristeza natural de mi imaginación, pero prestó una increíble tranquilidad a mi espíritu. Esta disposición de mi ánimo, explica perfectamente un párrafo de la advertencia puesta a la cabeza del *Ensayo histórico*, y este otro del mismo *Ensayo*: «Atacado de una enfermedad que me de-

ja pocas esperanzas, veo las cosas serenamente; el aura pacífica de las tumbas se hace ya sentir del viajero que sólo dista de la suya algunas jornadas.» Nadie extrañará, por lo tanto, la amargura de las reflexiones contenidas en el *Ensayo*, obra compuesta cuando pesaba sobre mí una sentencia de muerte, entre el momento del fallo y el de la ejecución. Un escritor que veía próximo su fin en el desamparo de su destierro, no podía tener miradas risueñas sobre el mundo.

Pero, ¿cómo había de mantenerme de limosna durante el tiempo que me quedaba? Fácil me hubiera sido vivir o morir de una vez con mi espada; pero se me prohibía su uso; y, ¿qué más poseía? Una pluma, que ni era conocida, ni se había probado siquiera, ignorando yo aún cual fuese su fuerza. ¿Bastarían, para cautivar la atención del público, mi afición a las letras, las poesías de mi infancia y los precipitados apuntes de mis viajes? Se me había ocurrido la idea de escribir una obra sobre las revoluciones comparadas, y meditaba sobre ella como sobre el asunto más adaptado a los intereses del día; pero, ¿quién consentiría en encargarse de la impresión de un manuscrito falto de encomiadores, y cómo me mantendría mientras compusiera este manuscrito? Sólo me restaban algunos días en la tierra; pero era necesario algún recurso para sostenerlos, por cortos que fuesen. Mis treinta lises, harto mercedados ya, se acabarían pronto, y, amén de mis apuros personales, necesitaba atender a la miseria común de la emigración. Todos mis compañeros de Londres se ocupaban en algo; unos habían entrado en el comercio del carbón, otros hacían con sus mujeres sombreros de paja; y algunos enseñaban la lengua francesa, que no sabían. Ninguno había perdido su buen humor; la frivolidad, que es un defecto de nuestra nación, se había convertido en virtud en aquellos hombres, que se reían en la propia cara de la fortuna, la dirona cansada de llevarse lo que nadie le reclamaba.

Peltier, el autor del *Domine salvum fac regem*, y redactor jefe de las *Actas de los Apóstoles*, continuaba en Londres su empresa de París. No era precisamente vicioso, pero le corroía una carcoma de defectos, de los cuales era imposible curarlo; libertino y desarreglado, aunque ganaba mucho dinero y lo despilfarraba, servía a un tiempo como defensor de la

legitimidad y como embajador del rey negro, Cristóbal, cerca de Jorge III. Este segundo señor Violet me ofreció sus servicios a título de bretón. Le hablé de mi plan del *Ensayo*, y lo aprobó de tal manera, que, exclamando: «¡Será magnífico!», me brindó una habitación en casa de su impresor Baylis, y prometió que éste pondría la obra en prensa según la fuese yo escribiendo. El librero Deboffe se encargaría de la venta, y Peltier en persona la anunciaría a son de trompeta, en su periódico *El Ambigú*, ínterin pudiéramos introducirnos en el *Correo francés*, de Londres, de cuya redacción se hizo cargo poco después el señor de Montlosier. Peltier no desconfiaba de nada, y hasta quería obtener para mí la cruz de San Luis por el sitio de Thionville. Para concluir, mi buen Gil Blas, persona alta, flaca y cariacontecida, de cabellos empolvados y frente calva, y hablador como él solo, se puso el sombrero sobre la oreja, me asió del brazo y me llevó a casa del impresor Baylis, donde alquiló sin ceremonia para mí un aposento que costaba una guinea mensual.

Me encontraba, por fin, al frente de un dorado porvenir; pero, ¿en qué tabla podía atravesar lo presente? Pelletier me proporcionó algunas traducciones del latín y del inglés, a las que dedicaba las horas del día, y por la noche trabajaba en el *Ensayo histórico*, en el cual intercalé parte de mis viajes y de mis ensueños. Baylis me surtía de libros, y en más de una ocasión invertí disparatadamente mis chelines comprando algún códice de los que campeaban en sus anaqueles.

Hingant, a quien encontré en el paquete de Jersey, se había relacionado conmigo; también cultivaba las letras; era instruido y escribía en secreto novelas, de las que me leyó algunos trozos. Tomó una habitación bastante próxima a la de Baylis, en cierta calle que salía a Holborn: todas las mañanas a las diez nos reuníamos para almorzar y hablar de política, y, sobre todo, de mis trabajos. Después que le contaba lo que había adelantado en el edificio nocturno del *Ensayo*, volvía a mi tarea diaria de las traducciones; nos reuníamos nuevamente para comer en un mal café, al precio de un chelín por cabeza, y terminada la comida salíamos a dar una vuelta, o nos separábamos, porque uno y otro teníamos igual afición a pasearnos meditando a solas.

En estos últimos casos me dirigía yo a Kensington o Westminster. Complacíame, en el primero, discurrir por su parte más desierta. Siempre que veía pasar a lo lejos a las jóvenes inglesas, sentía la misma confusión y los mismos deseos que en otros tiempos me infundía mi sílfide, cuando después de adornarla con todas las ficciones de mi locura no me atrevía apenas a alzar los ojos hasta mi obra. La muerte, a la que tan cercano me creía, prestaba un nuevo misterio a la visión de aquel mundo, del cual ya casi había yo salido... ¿Se fijó alguna mirada en el extranjero sentado al pie de los árboles? ¿Adivinó alguna mujer la invisible presencia de René...?

En Westminster eran otras mis preocupaciones; en medio de aquel laberinto de sepulcros, pensaba yo en el mío, que muy pronto se abriría. ¡El busto de un hombre tan desconocido como yo, no cabía al lado de aquellas ilustres efigies! Luego contemplaba las tumbas de los monarcas: ya no estaba allí Cromwell, Carlos II no había estado nunca, y las cenizas del traidor Roberto Artois descansaban bajo las losas que yo oprimía con mis pasos leales.

De estas meditaciones me sacaban el canto de los maestros de capilla y los diálogos de los curiosos. Como mis visitas no podían ser frecuentes, porque tenía que dar a los guardas de los que ya no existían el chelín necesario a mi sustento, pasaba muchas tardes rondando en torno de la abadía, o contemplando los campanarios que el sol poniente ensangrentaba con su fuego, bajo la negra cortina del humo de la ciudad.

Una tarde, que quise examinar a la luz del crepúsculo el interior de la basílica, me sucedió que, absorto en la admiración de aquella arquitectura llena de energía y de caprichos, se hizo noche ínterin vagaba yo lentamente, dominado por el sentimiento de la *sombria magnitud de las iglesias cristianas* (Montaigne), y se cerraron las puertas. En vano traté de buscar salida; llamé al *usher*, golpeé en las *gates*, pero todo aquel ruido se perdió, difundido y disuelto en el silencio, y tuve que resignarme a dormir con los difuntos.

Después de vacilar un rato, pensando en el rincón que debería escoger, me paré junto al mausoleo de lord Chatam, al pie del púlpito y la galería alta de la capilla de los Caballeros y de Enrique VII. En la entrada de aquellas escaleras y de



aquellas alas cerradas con verjas de hierro, me ofreció su abrigo un sarcófago incrustado en la pared; enfrente había una Muerte de mármol armada con su segur. Los pliegues de una mortaja, de mármol también, me sirvieron de nicho; a ejemplo de Carlos V, me iba ya acostumbrando a mi entierro.

Ocupé uno de los primeros asientos para ver el espectáculo del mundo tal cual es. ¡Cuántas grandezas amontonadas bajo aquellas bóvedas! Y, ahora, ¿qué queda? No son menos vanas las aficciones que las venturas; la infeliz Juana Grey en nada se diferencia de la afortunada Elisa de Salisbury, a excepción de que su esqueleto es menos horrible, porque le falta la cabeza; pero la armazón de sus huesos se embellece con su suplicio y con la ausencia de lo que antes constituía su hermosura. Ni los torneos del vencedor de Crecy, ni los juegos del real del Paño de Oro de Enrique VIII, se repetirán en aquel fúnebre teatro. Bacon, Newton y Milton se hallan tan profundamente sepultados y tan yertos como sus más oscuros contemporáneos. Y, ¿acaso consentiría un desterrado, un vagabundo, un pobre como yo en dejar de ser el ente mezquino, olvidado y doliente que era, a cambio de haber sido uno de aquellos muertos ilustres, pujantes y hartos de deleites? ¡Oh! ¡La vida no se cifra en nada de esto! No nos asombremos si desde las playas del mundo no descubrimos claramente las cosas divinas, porque el tiempo es un velo que se interpone entre la luz y nuestros ojos.

Acurrucado bajo mi sábana de mármol, no tardé en descender de tan elevados pensamientos a las sencillas impresiones del momento y del lugar. Aquella mezcla de inquietud y de placer que me agitaba, era análoga a la que experimentaba durante las noches de invierno en mi torreón de Combourg, cuando oía bramar el viento; el viento y la sombra son cosas de la misma naturaleza.

Conté diez, once horas seguidas en el reloj, cuyo martillo, que se levantaba volviendo a caer sobre el bronce, era el único ser viviente que en aquellas regiones me acompañaba. En la parte exterior no se oía otro ruido que el de algún carruaje, o la voz del *watchman*; rumores lejanos de la tierra que llegaban a otro mundo. Las nieblas del Támesis y el humo del carbón de piedra se habían infiltrado en la basílica, tendiendo en ella nuevas tinieblas.

Por fin comenzó a despuntar la aurora en un rincón donde las sombras eran más tenues; aquella luz progresiva, cuyo desarrollo miraba yo fijamente, ¿procedía, tal vez, de los dos hijos de Eduardo IV, asesinados por su tío? «Los amables niños—dice el gran trágico—, estaban acostados uno junto a otro, ceñidos con sus brazos inocentes y blancos como el alabastro. Sus labios parecían cuatro purpúreas rosas, que, unidas en un solo tallo y ostentando el último esplendor de su belleza, se besan amorosamente.» No me envió Dios aquellas almas tristes y hechiceras; pero sí el ligero fantasma de una mujer, casi niña, llevando en la mano una vela encendida y resguardada del viento por un pliego de papel ahuecado: era la campanera. Oí el ruido de un beso, y una campana señaló la hora del alba. Fué grande el espanto de la niña cuando salí tras ella por la puerta del claustro: le conté mi aventura, y ella me dijo que había ido a tocar en vez de su padre, que estaba enfermo; del beso no hablamos una palabra.

Entretuve a Hingant con mi aventura, y formamos el propósito de encerrarnos en Westminster; pero nuestra miseria nos llamaba a la mansión de las tumbas de una manera menos poética.

Mis recursos se iban agotando; Baylis y Deboffe se habían arriesgado a comenzar la impresión del *Ensayo*, mediante una obligación de reintegrarlos en caso de que no se vendieran; pero su generosidad no pasaba de aquí, y esto, en verdad, era tan natural, que hoy me asombra su atrevimiento. Hingant veía también disminuirse su tesoro, y entre los dos sólo reuníamos sesenta francos. Entonces acordamos la ración de víveres, como se hace en los buques cuando se alarga la travesía. En lugar de un chelín, gastábamos medio para la comida, y para tomar el te por la mañana suprimimos la mitad del pan y toda la manteca. Esta abstinencia influyó sobre los nervios de mi amigo; su imaginación andaba siempre errante: de repente se quedaba parado como si aplicase el oído para escuchar algún rumor lejano, y luego, en vez de responderme, se ponía a reír o a llorar. Hingant creía en el magnetismo y estaba medio loco en el galimatías de Swedemborg. Algunas mañanas me decía que por la noche había sentido ruido en su cuarto, y cuando me oponía yo a estos diversos se enojaba conmigo. La inquietud

que su estado me causaba me impedía atender a mis propios padecimientos.

Estos eran grandes, sin embargo: la dieta rigurosa y el trabajo me fatigaron el pecho, ya resentido; empezaba a costarme dificultad el andar; y, a pesar de esto, tenía que pasar fuera el día y parte de la noche, para no dar a conocer mi miseria. Cuando llegamos al último chelín, acordamos guardarlo para aparentar que almorzábamos. Determinamos comprar un panecillo de a dos cuartos, dejar que nos sirviesen, como de costumbre, el agua caliente y la tetera, y en vez de hacer el te, comernos el pan y beber el agua sola con algunas migajas de azúcar que quedaban en el azucarero.

Cinco días pasamos así. La calentura me consumía, estaba abrasado, y no podía conciliar el sueño; para distraer el hambre chupaba pedazos de lienzo empapados en agua, y mascaba hierba y papel. Mis tormentos eran insoportables cuando pasaba por delante de alguna tahona. En una cruda noche de invierno estuve dos horas pegado a los cristales de un almacén de fruta seca y de carnes fiambres, tragando por los ojos cuanto veía: me sentía capaz de devorar, no sólo los comestibles, sino las cajas, los cestos y los canastillos.

El quinto día por la mañana, arrastrándome con dificultad, llegué hasta la habitación de Hingant, cuya puerta estaba cerrada, llamé, y mi amigo tardó algún tiempo en responderme; pero, al fin, se levantó y abrió. Me recibió riéndose como fuera de sí; tenía la levita abrochada. «Ahora traerás el almuerzo», me dijo con acento singular, sentándose junto a la mesilla del te. En esto me pareció notar algunas manchas de sangre en su camisa; me arrojé sobre él y le desabotoné la levita; con un cortaplumas se había abierto una herida, de dos pulgadas de profundidad, debajo de la tetilla izquierda. A mis gritos acudió una criada, que salió inmediatamente a buscar un cirujano. La herida era peligrosa.

Esta nueva desventura me obligó a tomar un partido. Hingant, que era consejero del parlamento de Bretaña, había rehusado hasta entonces la pensión que a los magistrados franceses había asignado el gobierno inglés, y lo mismo me sucedía a mí con el chelín de socorro que se daba a todos los emigrados. Escribí al señor Barentin revelándole la situación de Hingant, y los parientes de mi amigo fueron a verlo y se lo llevaron al cam-

po. Al mismo tiempo, me envió mi tío de Bedée cuarenta escudos, tierna obligación de mi perseguida familia, que me pareció un tesoro más grande que el de las minas del Perú: el óbolo de los encarcelados franceses sostenía al francés expatriado.

La miseria había retrasado mis trabajos; y, como no continuaba el manuscrito, quedó suspendida la impresión. Privado de la compañía de Hingant, no quise seguir en el aposento de casa de Baylis, que me costaba una guinea al mes: pagué los alquileres vencidos, y me marché. Amén de los emigrados indigentes, que al principio me patrocinaron en Londres, existían otros más necesitados todavía. Mis amigos me buscaron una habitación más acomodada a mi menguada fortuna (que no siempre ha de estar uno en el cúmulo de la prosperidad), y me instalé en las inmediaciones de Mary-Lebon-Street, en cierto *garret*, cuya ventana caía a un cementerio: no había noche que la carraca del *watchman* no me anunciara que iban a robar algún cadáver. Por fin tuve la satisfacción de saber que Hingant estaba fuera de peligro.

Por nuestra independencia y pobreza se nos podía tomar por pintores en las ruinas de Roma; pero sólo éramos artistas de la miseria en las ruinas de Francia. Mi rostro servía de modelo, y mi cama de asiento a mis discípulos: la tal cama consistía en un colchón y una manta; cuando apretaba el frío, tenía que abrigarme con mi casaca y una silla. Como mis escasas fuerzas no me dejaban mullir el colchón, me tendía sobre él, tal como Dios me lo deparaba.

Mi primo La-Bouetardais, a quien por insolvente arrojaron de su zahurda irlandesa, a pesar de que había empeñado hasta su violín, fué a buscar en mi casa un asilo contra el *constable*, y consiguió que cierto vicario bajo-bretón le prestara un catre. Era La-Bouetardais como Hingant, consejero del parlamento de Bretaña; no poseía ni un mal pañuelo para liárselo a la cabeza; pero en cambio había desertado con armas y bagajes, es decir, llevaba consigo su bonete cuadrado y su toga encarnada, y dormía bajo la *púrpura*, a mi lado. Alegre, buen músico y dotado de una voz hermosa, se sentaba desnudo sobre el catre siempre que estábamos desvelados, se ponía su bonete y cantaba romanzas, acompañándose con una guitarra que sólo tenía tres cuerdas. Cierta noche que el pobre estaba entonando así



el *Himno a Venus*, de Metastasio, *Scendi propizia*, cogió un aire colado que le dejó con la boca torcida y lo llevó al otro mundo, aunque no en seguida, porque yo acudí solícito y le di friegas en las mejillas. Solíamos ir a bailar a casa de nuestras tías y primas, terminada ya su tarea de coser cintajos y hacer sombreros.

Londres, de abril a septiembre de 1822.

FIESTA Suntuosa. — FIN DE MIS CUARENTA ESCUDOS. — NUEVA MISERIA. — MESA REDONDA. — OBISPO. — COMIDA EN LONDON-TAVERN. — MANUSCRITO DE CAMDEN. — MIS OCUPACIONES EN PROVINCIA. — MUERTE DE MI HERMANO. — DESGRACIAS DE MI FAMILIA. — DOS FRANCÍAS. — CARTAS DE HINGANT. — EJECUCIÓN DE SENTENCIAS CRIMINALES. — CARLOTA.

Los que vayan leyendo esta parte de mis *Memorias*, no notarán dos interrupciones que han sufrido: una para ofrecer un gran banquete al duque de York, hermano del rey de Inglaterra; la otra para celebrar con una fiesta el aniversario de la vuelta del rey a París, en 8 de julio. La última de estas funciones me ha costado cuarenta mil francos. Los pares del imperio británico, con sus esposas, los embajadores y los extranjeros de distinción, acudieron a llenar mis salones, magníficamente engalanados. En mis mesas abundaban los manjares más delicados, vinos y flores, en medio del fulgurante resplandor de los cristales de Londres y del oro de las porcelanas de Sèvres. Portland-Place estaba obstruido con elegantes carruajes. Collinet y la música de Almack's distraían la melancolía *fashionable* de los *dandys* y las espirituales meditaciones de las *lady*s, que bailaban con aspecto pensativo. La oposición y la mayoría liberal se habían concedido una tregua: lady Canning conversaba con lord Londonderry, y lady Jersey con el duque de Wellington. *Monsieur*, que este año me ha enviado una felicitación por mi suntuosidad de 1822, ignoraba en 1793 que cerca de él existía un futuro ministro, el cual, interin se realizase tanta grandeza, ayunaba encima de un cementerio por el pecado de su fidelidad. Hoy me felicito por haber estado a pique de naufragar, de haber entrevisto la guerra y compartido los padecimientos de las clases más humildes de la sociedad, así como también lo hago por haber sido blanco en mis tiempos de prosperidad, de la

injusticia y de la calumnia. De estas lecciones he sacado buen partido; sin los males que la hacen tan grave, la vida sería un juguete de niño.

En el tiempo de que voy hablando, era yo el hombre de los cuarenta escudos; pero, como todavía no se hallaba establecida la nivelación de fortunas, ni habían bajado de precio los géneros de consumo, mi bolsa no encontró contrapeso, y se quedó vacía muy pronto. Era-me imposible contar con nuevos socorros de mi familia, expuesta en Bretaña al doble azote de los chuanes y del terror; como porvenir sólo se me presentaban el hospital o el Támesis.

Algunos sirvientes de los emigrados, los cuales ya no podían darles de comer, se habían convertido en fondistas para dar de comer a sus amos. ¡Sólo Dios sabe lo que allí se devoraba y cómo se hablaba de política! Dos obispos decrépitos, paseaban aquella primavera por el parque de Saint-James. «Monseñor — preguntaba uno de ellos —: ¿pensáis que estemos en Francia para el mes de junio? ¡Pchs! monseñor — respondía el otro, después de meditar un buen rato —: no me ocurre ningún inconveniente.»

Peltier, el hombre de los recursos, me desenterró, o, por mejor decir, me descolgó de mi nido. Según había leído en un periódico de Yarmouth, cierta sociedad de anticuarios iba a ocuparse en escribir la historia del condado de Suffolk, y necesitaba de un francés capaz de descifrar los manuscritos franceses del siglo XII, incluso en la colección de Camden. A la cabeza de esta empresa estaba el *parson* o párroco de Beccles, y con él había que entenderse. «Aquí tenéis lo que necesitáis — me dijo Peltier —; id allá, descifrad esos mamotretos, seguid enviando a Baylis original del *Ensayo*, yo obligaré a ese menguado a que prosiga la impresión; pasado algún tiempo volveréis a Londres con doscientas guineas, y rueda la bola.»

Quise aventurar algunas objeciones: «¡Voto al diablo!» — exclamó mi protector —; ¿prefiere usted quedarse en este palacio, donde hace un frío que ya me va calando los huesos? ¡Si Rivarol Champcenez, Mirabeau-Tonneau y yo hubiéramos andado con repulgos, habríamos hecho un bonito negocio con las *Actas de los Apóstoles*! ¿Sabe usted que la historia de Hingant mete un ruido de mil diablos? ¿Conque quería usted dejarse morir de hambre? ¡Ja, ja, ja! ¡Puf!... ¡Ja, ja!»

Tenía que apoyarse en las rodillas para no caerse de risa. Acababa de enviar a las colonias cien ejemplares de su periódico: había cobrado su importe, y golpeaba con orgullo sus guineas en el bolsillo. De grado o por fuerza, me llevó a comer a *London-Tavern*; en la calle encontró al apoplético La-Bouétardais y otros dos andrajosos emigrados, a quienes también invitó. Diónos vino de Oporto, rosbif y plum-pudding, hasta hartarnos. «¿Qué le ha pasado a usted, señor conde — preguntó a mi primo —, que tiene la boca torcida?» La Bouétardais, entre corrido y alegre, explicó el lance lo mejor que pudo, diciendo cómo había cogido un aire cantando estas palabras: *oh bella Venere!*, y al tararear su *bella Venere*, ponía el pobre parálítico una cara tan apagada, tan consumida por el frío, tan llena de miseria, que Peltier reventaba de risa, y por poco no derribó la mesa de dos puntapiés que le dió por debajo.

Después de reflexionar, no me pareció tan desacertado el consejo de mi compatriota, propio personaje de mi otro compatriota Le Sage. Al cabo de tres días partí para Beccles, vestido de nuevo por el sastre de Peltier, y provisto de algún dinero que me dió Deboffe, habiéndome yo comprometido a continuar el *Ensayo*. Como ningún inglés podía pronunciar mi nombre, lo cambié por el de *Combours*. No bien me apeé en la posada, presenté al párroco del pueblo una carta de Deboffe, en la que me recomendaba como un sabio de primer orden.

Con las excursiones que empecé a hacer a caballo recobré algunas fuerzas, y se restableció un poco mi salud. Inglaterra, vista así en los detalles, era triste, pero me hechizaba: en todas partes se me ofrecían los mismos objetos y los mismos paisajes. El estudio endulzó principalmente mis pesares: hacía bien Cicerón al recomendar el comercio de las letras en las aficciones de la vida.

Las desgracias de mi familia, que supe por los periódicos, me obligaron a descubrir mi verdadero nombre, pues me fué imposible ocultar mi dolor, y aumentaron el interés de aquella gente en favor mío. La prensa anunció la muerte del señor de Malesherbes, la de su hija, la señora de Rosambo; la de su nieta, la señora condesa de Chateaubriand, y la del conde de Chateaubriand, su esposo y hermano mío, inmolados juntos el mismo día, a la misma hora y en el mismo cadalso; el se-

ñor de Malesherbes era un objeto de veneración para los ingleses, y mi parentesco con el defensor de Luis XVI hizo subir de punto la benevolencia con que me trataban mis huéspedes.

Por el señor de Bedée supe las persecuciones que sufría mi familia. Mi anciana e incomparable madre se había visto obligada a subir a una carreta con otras víctimas, y a pasar desde el fondo de Bretaña a los calabozos de París, para compartir la suerte de aquel hijo a quien tanto quería. Mi esposa y mi hermana Lucila aguardaban su sentencia en los calabozos de Rennes, desde donde pensaron trasladarlas al castillo de Combourg, convertido en fortaleza del Estado, acusándolas por el crimen de mi emigración. ¿Qué valían nuestras aficciones en tierra extraña, si se las compara con las de los franceses que residían en su patria? Y, sin embargo, ¡qué desgracia mayor que saber, en medio de los padecimientos del destierro, que éste servía de pretexto para perseguir a nuestros allegados!

La sortija de boda de mi cuñada, fué encontrada hace dos años en medio del arroyo de la calle Casette. Estaba rota cuando me la llevaron, y sus mitades pendían abiertas y enlazadas una con otra; pero aun se leían perfectamente los nombres en ellas grabados. ¿Cómo encontraron esta sortija? ¿En qué sitio y época se perdió? ¿Pasó la víctima, que estaba presa en el Luxemburgo, por la calle Casette al marchar al suplicio? ¿La dejó caer desde la carreta, o se la quitaron del dedo después de la ejecución? El aspecto de aquel símbolo, que por su quebradura y su inscripción despertaba en mi mente tan crueles recuerdos, me estremeció. Parecía que mi cuñada me lo enviaba misteriosa y fatídicamente desde la mansión de los muertos, en memoria suya, y de su hermana. ¡Ojalá que no sea fatal para su hijo, a quien se lo he enviado!

Cher orphelin, image de ta mère,  
Au ciel pour toi, je demande ici-bas,  
Les jours heureux retranchés à ton père  
Et les enfants que ton oncle n'a pas.

«Huérifano amado, imagen de tu madre,  
desde aquí pido al cielo para ti,  
la dulce vida que negó a tu padre,  
la tierna prole que me niega a mí.»

Esta mala cuarteta forma con otras dos o tres el único regalo de bodas que hice a mi sobrino en la época de su enlace.

Otro monumento poseo, además, de aquellas desgracias. Véase lo que me ha



«escrito el señor de Contencin, quien encontró en los archivos de París la orden expedida por el tribunal revolucionario para que mi hermano y su familia fuesen al cadalso.

«Señor vizconde: Es muy cruel resucitar en un alma que ha padecido mucho el recuerdo de las desgracias que más dolorosamente la afectaron. Esta idea me ha hecho vacilar bastante tiempo antes de ofrecerle un documento harto triste que durante mis indagaciones históricas he logrado encontrar. Es una fe de difunto, firmada antes de la muerte por un hombre que se mostró tan implacable como ella, siempre que encontró reunidos en una sola cabeza el mérito y la virtud.

«Desearé, señor vizconde, no causarle un excesivo pesar, al añadir a los archivos de su familia un título que despierta tan crueles recuerdos. Suponiendo que tendría interés para usted, puesto que para mí tenía subido precio, me he resuelto por fin a enviárselo. Si no he sido indiscreto, me dará un doble parabién, puesto que hoy me ofrece este paso la ocasión de expresarle los sentimientos de profundo respeto y sincera admiración que hace mucho tiempo me habíais inspirado, y con los cuales soy, señor vizconde, su humilde y obediente servidor,

»A. DE CONTENCIN.

»Palacio de la prefectura del Sena.  
»París 23 de marzo de 1835.»

He aquí mi respuesta a esta carta:

«Muy señor mío: A petición mía se habían ya buscado en la Santa Capilla las piezas del proceso de mi desgraciado hermano y de su esposa; pero no estaba entre ellas la orden que usted ha tenido la bondad de enviarme. Estas y otras muchas habrán sido ya presentadas con sus borrones y sus nombres estropeados ante el tribunal de Dios, donde Fouquier habrá tenido forzosamente que reconocer su firma. ¡Eso son los tiempos que hoy se echan de menos, y sobre los cuales se escriben tomos enteros de admiración! Por otra parte, la suerte de mi hermano me causa envidia, que al fin salió hace bastantes años de este triste mundo. Le doy a usted infinitas gracias por la estimación que me manifiesta en su noble y hermosa carta, y le ruego que crea en la sinceridad de mi distinguida consideración, con la cual tengo el honor de ser, etcétera.»

La orden de muerte citada es especialmente notable, pues demuestra la ligereza con que entonces se ajusticiaba: hay nombres con la ortografía equivocada, y otros están completamente borrados. Tales vicios de forma, que bastarían para invalidar la sentencia más insignificante, no detuvieron a los verdugos: únicamente se fijaban sus pensamientos en la puntualidad de la ejecución: *a las cinco en punto*.

El documento auténtico es éste; lo copio al pie de la letra:

#### EJECUCIÓN DE SENTENCIAS CRIMINALES

##### Tribunal revolucionario.

«El ejecutor de las sentencias criminales acudirá puntualmente a la casa de justicia de la Conserjería, para llevar a efecto la que condena a Mousset, d'Esprémenil, Chapelier, Thouret, Hell, Lamoignon Malsherbes, la mujer de Lepelletier Rosambo, Chateau Brian y su mujer (el nombre propio está borrado y no se puede leer), la viuda Duchatel, la mujer de Grammont, ex duque, la mujer de Rochechuart (Rochechouart), y Parmentier; total 14, a la pena de muerte. La ejecución tendrá lugar hoy a las cinco en punto, en la plaza de la Revolución de esta capital.

»El acusador público, H. Q. FOUQUIER.

»Dado en el tribunal, a 3 de floreal del año segundo de la república francesa.

»Dos carretas.»

Los sucesos del 9 de termidor salvaron a mi madre, que, sin embargo, quedó olvidada en la Conserjería, en donde la encontró el comisario convencional. «¿Qué haces ahí, ciudadana?—le preguntó—. ¿Quién eres? ¿Por qué no te has ido?» Mi madre contestó que habiendo perdido a su hijo, no pedía noticias de nada, y que le era indiferente morir allí o en cualquier otro sitio. «Pero acaso tendrás otros hijos», replicó el comisario. Entonces nombró mi madre a mi esposa y mis hermanas, presas en Rennes. Dieron orden para ponerlas en libertad, y se obligó a mi madre a salir de su calabozo.

En ninguna historia de la revolución se ha tenido cuidado de poner el cuadro de la Francia exterior junto al de la Francia interior; de pintar aquella gran colonia de desterrados, que variaban de industria y de padecimientos según variaban los climas y las costumbres de los diversos pueblos a donde llegaban.

Fuera de Francia, todo se hacía por individuos; cambios de profesiones, aficciones obscuras, sacrificios sin ruido y sin recompensa: sólo una idea se destacaba, sin embargo, de esta confusión de individuos de todas clases, edades y sexos; la de la antigua Francia, viajando con sus preocupaciones y con sus leales, como en otras épocas la iglesia de Dios, errante sobre la tierra con sus virtudes y con sus mártires.

Dentro de Francia todo se hacía por masas; Barrére anunciaba a un tiempo degüellos y conquistas, guerras civiles y guerras extranjeras, y a la par tenían lugar los combates gigantescos de la Vendée y los de las orillas del Rin; se derrocaban los tronos al estruendo de los pasos de nuestro ejército; nuestras escuadras se hundían en los mares; el pueblo desenterraba a los monarcas en San Dionisio, y arrojaba el polvo de los reyes muertos al rostro de los reyes vivos para cegarlos; la Francia nueva, enaltecida con sus modernas libertades y orgullosa hasta con sus crímenes, se asentaba en su propio terreno y ensanchaba sus fronteras, doblemente armada con el hacha del verdugo y la espada del soldado.

En medio de mis sufrimientos, llegaron a tranquilizarme acerca de la suerte de Hingant algunas cartas suyas. En septiembre de 1795 me escribía: «Su carta de 23 de agosto está llena de tierna sensibilidad. Se la he mostrado a algunas personas, y les ha hecho llorar. Tentaciones tenía de decirles lo que Diderot a J. J. Rousseau, cuando fué éste a visitarlo en su encierro de Vincennes: ¡*Ved cómo me quieren mis amigos!* Mi enfermedad no ha sido realmente más que una de esas fiebres nerviosas que hacen padecer mucho y que no tienen mejores médicos que el tiempo y la paciencia. Cuando estaba en cama me entretenía en leer algunos extractos de Fedon y de Timéo, libros que abren las ganas de morir. Algunas veces decía como Catón:

*It must be so, Plato; thou reason' st well!*

»Forjábame ideas sobre este viaje, como si se tratara de uno a las Indias Orientales, y pensaba en la gran cantidad de objetos nuevos que debía ver en aquel mundo de los *espritus* (según lo llama Swedenborg), y, sobre todo, en que el camino estaría exento de fatigas y de peligros.»

En una población pequeña, llamada Bungay, distante cuatro leguas de Bze-

cles, vivía el reverendo ministro anglicano señor Ives, gran helenista y matemático. Tenía una esposa joven todavía, y encantadora, tanto por su rostro como por su conversación y sus modales, y una hija única, que a la sazón contaba quince años.

Me presentaron, y fui recibido por aquella familia mejor que por ninguna otra de la población; aun se conservaban allí las antiguas tradiciones inglesas respecto a beber, y se pasaban dos horas de sobremesa después de retirarse las mujeres. El señor Ives había estado en América, gustaba de referir sus viajes, de oír la relación de los míos y de hablar de Newton y de Homero. Su hija, por agradecerle, había adquirido una vasta erudición; era, además, excelente profesora de música, y cantaba como hoy canta la señora Pasta. A la hora de tomar el te se presentaba de nuevo en el comedor, y deleitaba con sus armonías el sueño del anciano ministro: yo la escuchaba silenciosamente, apoyado en una esquina del piano.

Concluía la música, la *young lady* solía interrogarme acerca de Francia y de la literatura, y me pedía planes a que arreglar sus estudios: deseando conocer los autores italianos, me suplicó le diese algunas notas sobre la *Divina Comedia* y la *Gerusalemme*. Lentamente fui sintiendo la tímida influencia de un afecto, nacido todo del alma; a las florideñas las ayudaba en su tocado; pero no me hubiera atrevido a levantar del suelo un guante de la señorita Ives, y hasta me costaba rubor el traducir con ella algún trozo del Tasso; con Dante, genio casto y varonil, me encontraba más a gusto.

En todas las relaciones que se forman a la mitad de la vida entra siempre una parte de melancolía; si el conocimiento no data desde los primeros años, los recuerdos de la persona amada se desprenden de aquellos días en que se respiró sin conocerla. Si a esto se añade alguna desproporción de edad, entonces crecen los inconvenientes: el más viejo comenzó a vivir antes que el más joven viniera al mundo; el uno atravesó una soledad más acá de su cuna; el otro atravesará otra más allá de su tumba; lo pasado fué un desierto para el primero, y lo porvenir lo será para el segundo.

De resultas de haberme caído de un caballo, durante aquel invierno, hube de pasar una temporada en casa del señor Ives. Los sueños de mi vida comenzaron



a desvanecerse ante la realidad. La señora Ives se fué haciendo cada vez más reservada, dejó de llevarme flores, y no volvió a cantar.

Si me hubiesen dicho que había de pasar toda mi vida en la mayor obscuridad y en el seno de aquella solitaria familia, me habría muerto de gozo: el amor sólo necesita la estabilidad para ser al mismo tiempo el Edén antes del pecado y el Hosanna sin fin. Consígase que la belleza dure, que se conserve la juventud, que el corazón no pueda cansarse, y se reproducirá el cielo.

Se acercaba, con gran consternación mía, el momento de despedirme. La víspera del día señalado para mi partida, reinó gran tristeza en la comida. El señor Ives se retiró a los postres, llevándose a su hija, y dejándome lleno de asombro con la señora Ives, que se encontraba visiblemente turbada. Creí que iría a reconvenirme por una inclinación de que yo no le había dicho una palabra, pero que ella podía fácilmente haber descubierto. Me miraba ruborosa y con los ojos bajos, en actitud tan seductora, que seguramente no existe ningún sentimiento que en aquel instante no hubiera podido ella reclamar para sí. Venciendo, por fin, el obstáculo que la impedía hablar, me dijo en inglés: «Caballero, ya ve usted mi confusión; no sé si Carlota le agrada a usted; pero es imposible engañar a una madre; mi hija le tiene indudablemente cariño. Mi esposo y yo hemos conferenciado sobre esto; nos conviene usted por todos conceptos, y creemos que hará usted la felicidad de nuestra hija. Se halla usted sin patria, acaba de perder sus parientes, y han sido vendidos sus bienes; nada, pues, le llama a Francia. Hasta tanto que recoja su herencia, puede vivir con nosotros.»

De todas las aficciones que había yo sufrido hasta entonces, aquella fué la mayor y la más viva. Caí de rodillas a los pies de la señora Ives, y cubrí sus manos de besos y lágrimas. Pensando ella que mi llanto era de júbilo, empezó también a sollozar de gozo, y alargó el brazo para tirar de la campanilla, llamando a voces a su esposo y a su hija. «¡Deténgase usted—exclamé—; estoy casado!» A estas palabras perdió el sentido.

Salí de allí, y sin volver siquiera a mi cuarto, emprendí mi viaje a pie. En Beccles tomé el correo para Londres, después de escribir a la señora Ives una

carta, de la que siento ahora no haber guardado copia.

Quédame de este suceso el recuerdo más dulce, más tierno, más impregnado en sentimientos de gratitud. La familia del señor Ives es la única que me quiso bien y me acogió con verdadero afecto antes de mi celebridad. Pobre, oscuro, proscrito, privado de seducciones y de belleza, me ofrecen un porvenir seguro, una patria, una esposa encantadora, una madre, que hiciera las veces de mi anciana madre, un padre, para reemplazar al padre de que me había privado el Cielo. ¿Y con qué compensaba yo todo esto? En aquella preferencia no podía influir ilusión ninguna, y debo creer que la dictaba el amor. Desde entonces sólo en otra ocasión fui objeto de un afecto bastante elevado para inspirarme igual confianza.

Pasando ahora a otras consideraciones, mi matrimonio con Carlota hubiera alterado completamente mi destino en el mundo: hundido en un condado de la Gran Bretaña, me habría convertido en un *gentleman* cazador, nunca habría brotado una sola palabra de mi pluma, y hasta se me hubiera olvidado mi lengua, porque a la sazón escribía yo en inglés, y en este idioma comenzaban las ideas a presentarse en mi mente. ¿Hubiera perdido mucho mi patria con mi desaparición? Si me fuera dable prescindir de los instantes que me han servido de consuelo, diría que en lugar de los días agitados que me han cabido en suerte, contaría hoy numerosos días de calma. ¿Qué me importarían entonces el Imperio, la Restauración, las divisiones y las luchas de Francia? Nadie me hubiera obligado una y otra vez a paliar faltas, a combatir errores... ¿Será o no cierto que tengo un talento positivo, y que este talento ha merecido el sacrificio de mi vida? ¿Iré más allá de mi tumba? Y si voy, ¿habrá en medio de la transformación que se está verificando, y en un mundo que no es el mío y que piensa en cosas completamente distintas, habrá en ese mundo un público que me oiga? ¿No pasaré por un hombre de otras edades, incomprendible para las generaciones presentes? ¿No serán mis ideas, mis sentimientos y hasta mi estilo, cosas gastadas y envejecidas para la desdeñosa posteridad? ¿Podrá mi sombra decir, como la de Virgilio a Dante: *Poeta fui e cantai*: «fui poeta y canté?...»

VUELTA A LONDRES. — ENCUENTRO EXTRAORDINARIO. — DEFECTO DE MI CARÁCTER.

No encontré mi perdida tranquilidad en Londres, adonde llegué prófugo de mi destino, como un malhechor de su crimen. ¡Cuán doloroso debió ser, para una familia tan digna de mis homenajes, de mi respeto y de mi gratitud, recibir aquella especie de desaire del hombre desconocido a quien había ella acogido y franqueado nuevos hogares, con una sencillez y una falta de recelo propias sólo de las costumbres patriarcales! Figurábame la pesadumbre de Carlota y las justas reconvenciones que su familia podía y debía dirigirme; puesto que yo me había abandonado con cierto deleite a una inclinación de cuya insuperable ilegitimidad estaba convencido. ¿Traté, aunque vagamente, de llevar a cabo una seducción, sin darme cuenta de mi vituperable conducta? En este caso, ya fuera que me detuviese, como lo hice, por no faltar a la honradez, o bien porque salvara el obstáculo para abandonarme a una propensión anticipadamente mancillada por mi conducta, el objeto de aquella seducción estaba predestinado por mi culpa, al dolor o al arrepentimiento.

Una sola cosa se conservaba pura y hechicera, aunque triste, en mi pensamiento: la imagen de Carlota, la cual siempre calmaba, al fin, mi irritación contra la suerte. Muchas veces tuve deseos de volver a Bungay, no para presentarme a aquella afligida familia, sino para ver pasar a Carlota, escondido en algún camino; para seguirla al templo donde adorábamos al mismo Dios, ya que no en el mismo altar; para ofrecer a aquella mujer el indescriptible ardor de mis votos, haciéndolos llegar al cielo; para pronunciar, mentalmente al menos, la plegaria de la bendición nupcial que hubiera yo podido oír de boca de algún ministro de aquella iglesia.

«¡Oh, Dios mío! unid, si os place, los espíritus de estos esposos e inspirad a sus corazones una sincera amistad. Ved con ojos favorables a vuestra sierva; haced que su yugo sea un yugo de amor y de paz, y que obtenga en su seno una fecundidad venturosa; haced, Señor, que estos esposos vean los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generación, y que alcancen una ancianidad feliz.»

De resolución en resolución, escribí a

Carlota largas epístolas, que rompí en seguida. Algunas esquelas insignificantes tuyas me servían de talismán: la tierna y graciosa Carlota se unía a mis pasos por obra de mi pensamiento, y me seguía, purificándolos, por los senderos de la sílfide. Ella absorbía todas mis facultades; era el centro a que tendía y por donde circulaba mi inteligencia, como la sangre por el corazón; hacía que me hastiara de todo, sirviéndome de objeto de una perpetua comparación que redundaba en ventaja suya. Una pasión verdadera e infeliz es una ponzoñosa levadura que queda en el fondo del alma, y que bastaría para dañar el pan de los ángeles.

Los lugares que habíamos recorrido juntos; las horas pasadas con ella; las palabras que entre nosotros habían mediado, vivían eternamente en mi memoria: me parecía ver la sonrisa de aquella esposa que el destino quiso depararme, y ora tocaba respetuosamente su negra cabellera, ora oprimía sus mórvidos brazos contra mi pecho, como una cadena de lirios ceñida a mi cuello. No bien llegaba a un sitio desierto, cuando la Carlota de blancas manos se colocaba a mi lado, adivinando yo su presencia, como por la noche se respira el perfume de las flores, aunque no las distingue la vista.

Privado de la compañía de Hingant, tenía completa libertad de llevar la imagen de Carlota a mis paseos, más solitarios que nunca. No hay un matorral, iglesia o camino a treinta millas de Londres, que no haya yo visitado. Los lugares más incultos, cualquier erial de ortigas, cualquier zanja cubierta de cardos, cualquier lugar desdeñado de los hombres, eran mis sitios predilectos; en ellos respiraba ya Byron.

En Londres estaban todos asombrados con mi conducta; no miraba ni hablaba con nadie, no entendía lo que me decían; mis antiguos camaradas creyeron que tenía una especie de locura.

¿Qué pasó en Bungay después de mi partida? ¿Qué fué de aquella familia a cuyo seno llevé el júbilo y la tristeza?

Ha de recordar el lector, que soy embajador cerca de Jorge IV, y que escribo en Londres, en 1822, lo que me sucedía en Londres en 1795.

Los negocios me forzaron hace ocho días a suspender la narración que hoy continúo. Durante este intervalo, llegó mi ayuda de cámara cierta mañana, entre doce y una, anunciándome que se había